



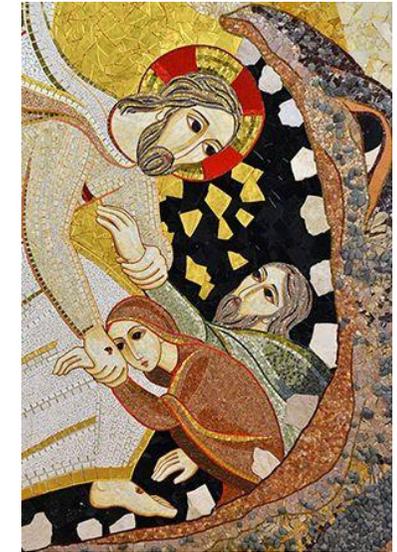
Dos salmos para rezar con el icono

A partir de la liberación de Egipto, el pueblo de Israel va a comprender que Dios es su refugio y su defensa frente a todos los males. El mal es identificado igualmente con las aguas que no dejan avanzar y tragan la vida. Aguas que son vencidas por Dios. Desde esta experiencia que Israel ha vivido repetidamente compone estos salmos. Esta ha quedado corroborada definitivamente para toda la humanidad en la resurrección de Jesús que ha vencido en ella y para la humanidad entera, a todos los poderes que se abren a la vida de los hijos de Dios. Es desde esta confianza desde donde los cristianos oramos ahora con ellos. Como dice la Carta de Pedro: ahora podemos caminar con esperanza, aunque aún debemos pasar por diversas pruebas (1Pe 1, 3-8).

→ **Salmo 114** (Reza este salmo contemplando la almendra de estrellas a la que Jesús atrae a Adán y Eva. Es el cielo, su misma vida, la que Cristo ofrece como tierra definitiva. En ella todo quedará transformado en un oasis de vida): Cuando Israel salió de Egipto, los hijos de Jacob del dominio de los extranjeros, Dios les dio una nueva tierra donde habitar. / **El mar, al verlos, huyó, el Jordán se echó atrás;** / ¿Qué te pasa, mar, que huyes, y a ti, Jordán, que te echas atrás? / En presencia del Señor se estremece la tierra; **Él transforma las peñas en estanques, el pedernal en manantiales de agua.**

→ **Salmo 124** (Reza este salmo contemplando el icono y fijándote en cómo los pies de Jesús han quebrado las puertas que encerraban a los hombres en el sufrimiento, el pecado y la desesperanza): Si el Señor no hubiera estado **de nuestra parte** nos habrían tragado vivos: tanto ardía su ira contra nosotros. / Nos habrían arrollado las aguas que nos llegaban hasta el cuello / Bendito el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes; hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador: **la trampa se rompió y escapamos.** / Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

No TenGáis Miedo



La imagen popular de la resurrección está demasiado influida en el pensamiento cristiano por una comprensión individualista de la vida en la que cada uno se salva dejando atrás a los otros. Así, Cristo habría resucitado y nosotros no. Sin embargo, cuando Pablo escribe a los cristianos de la ciudad de Colosas, les dice: *Si habéis pues resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios... vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (3, 1-3). Esto supone que para el Apóstol nuestra vida está radicalmente afectada por la resurrección de Cristo, que habría resucitado con él nuestra propia vida. Sólo si se comprende esto la resurrección de Jesús es una buena noticia, un evangelio para nosotros.

Los iconos orientales han tratado de representar esta idea haciendo que la resurrección de Jesús coincida con el descenso de Jesús a los infiernos para arrancar de ellos a los que están en poder de la muerte. Jesús lleno de la vida de Dios acepta entrar en los abismos de la muerte a través de su pasión para desde ellos levantar hacia la vida eterna a todos los que están perdidos bajo la sombra de la muerte.

La oración que te proponemos este mes es una meditación sobre este tipo de iconos. Te proponemos realizar varias sesiones centrándote en algunos de sus aspectos más significativos.



Primera oración

Antes de empezar, pide al Señor que la contemplación de esta imagen lleve a tu corazón a comprender la misericordia de Cristo por todos, también por ti. A comprender que él es la fuente de la vida: *Yo soy la resurrección y la vida.*

Luego pasa un tiempo mirando cada detalle y el conjunto de la imagen, como si te lo quisieras aprender. Y déjate llevar por la conversación con el Señor.

Segunda oración

En esta oración se trata de meditar sobre todas *las situaciones que nos tienen presos del poder de la muerte*. Fíjate en el icono: los dos personajes de la derecha son Adán y Eva, y nos representan en la medida en que estamos tragados por el poder de nuestro pecado, de nuestra debilidad, de nuestras sombras, de nuestra desesperanza... Esta situación está representada por un monstruo que nos traga. También Jesús ha entrado en sus fauces, también parecía vencido por ellas cuando murió en la cruz, pero ahora aparece victorioso envuelto en una almendra de estrellas que es la vida divina que le ha defendido. Así se presenta a los discípulos: *No tengáis miedo, yo he vencido.*

Presenta al Señor las sombras de muerte que habitan tu vida y la vida de los que te rodean (es bueno que las concretes, e incluso que repitas esta oración presentando situaciones diversas, tuyas o de los otros), y pide que el Señor te haga acoger sus palabras: *No temas, yo soy la resurrección.*

Tercera oración

Fíjate en las manos de los personajes.

- *Las del ángel* invitando a la contemplación: Pide que no desesperes en tus dolores y vuelvas la mirada una y otra vez a este misterio de salvación.

- *Las de Cristo*, ofrecidas a la humanidad desde su posición de Señor de la vida. Pide al señor saberte siempre en sus manos, incluso cuando pareces tragado por los poderes de las sombras.

- *Las de Adán y Eva, las nuestras*, extendidas hacia el Señor, en forma de súplica y dejándose recoger: Pide al Señor saber volverte siempre a él, dejarte recoger, no renunciar a la oración y a la súplica, aunque parezca infecunda. *Señor ten piedad de nosotros.*

- En el icono de la portada *Jesús lleva las manos de Adán y Eva a sus llagas*: Pide que la contemplación de las llagas de Cristo te haga comprender su cercanía a nuestros dolores y que en las llagas de su amor todo quedará sanado.

